

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 452

25 CTS.

E  
B



Secretaria  
ideal

POR  
Jacquelir  
William

FilmoTeca  
de Catalunya

Tipografia Barcelona  
Aribau, 208 - Teléf. 75087  
BARCELONA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 452



## Secretaria ideal

Deliciosa comedia, interpretada por  
**Jacqueline Logan**

y **William Collier**



**Producción Columbia**

Distribuida por

**Príncipe Films, Sdad. Ltda.**

Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

**CAROL LOMBARD**

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura



## Secretaria ideal

*Argumento de la película*

### I

En los almacenes "Wills Carey y Compañía" había dos empleados dignos de mención.

Uno de ellos era la secretaria del señor Wills, secretaria ideal y mujer mucho más ideal todavía.

Se llamaba Joyce y era una delicia cuando sonreía y cuando estaba seria, cuando hablaba y cuando callaba, cuando se movía y cuando no se movía, cuando lo miraba a uno y cuando no lo miraba. En una palabra, nada podía hacer menguar sus encantos y todo los realzaba.

Como secretaria no tenía rival. El señor Wills se limitaba a seguir sus indicaciones más que a hacérselas, y cliente que Joyce cogía entre manos, cliente que se dejaba en el almacén hasta su último dolar.

Uno de ellos, el mejor, se llamaba Morrison. En otro tiempo repartía sus pedidos entre varias casas. Pero desde que Joyce lo cogió entre manos sólo había espacio en sus almacenes para los artículos de Wills.

Morrison no se atrevía ni siquiera a pasar por la puerta de los almacenes "Wills Carey y Compañía", pues apenas le echaba Joyce la vista encima, se veía en el trance de hacer un pedido.

—Tengo de todo, amiga mía. ¿Para qué quiero comprar?—decía invariablemente.

—No tiene usted de todo. Sé perfectamente lo que hay en su almacén. Por eso lo digo. Además, hay cosas nuevas que le son imprescindibles.

En efecto, había cosas nuevas. Cosas que Morrison necesitaba.

—Tiene usted razón, Joyce. Y ya que está usted tan bien enterada de lo que tengo y de lo que necesito, mande lo que le parezca. Arrégleme el pedido a su gusto.

Cuando había algún cliente que los corredores calificaban de difícil, Joyce tomaba nota de su nombre y daba orden que la avisaran cuando visitara los almacenes.

Indefectiblemente, el cliente difícil se convertía en cliente seguro y fácil.

Era un verdadero mirlo blanco aquella muchacha. El señor Wills no cesaba de decirle:

—Es usted la mejor secretaria que hay en Norteamérica.

A Joyce se le podía hablar así, porque a sus muchas cualidades añadía la modestia y no se le subían a la cabeza las alabanzas.

\* \* \*

El otro empleado del almacén digno de mención era Larry Marshall.

Larry era novio de Joyce. En su aspecto físico no podía pedírsele más. Era joven, tenía un cabello rizado que era la delicia de las clientas, un rostro de viril perfección y una buena figura. Añadid a esto la juventud y tendréis uno de esos tipos que hacen soñar a las mujeres.

Pero interiormente, es decir, en su modo de ser, Larry dejaba mucho que desear.

Tenía una imaginación que batía todos los records de vuelos de altura y una vanidad que le hacía cometer los mayores disparates.

Sólo pensaba en grandezas y esto le hacía colocarse en un plano impropio de quien, como él, no tenía más misión que la de ordenar el género en las estanterías.

Cuando entraba una mujer en los almacenes, Larry se sentía Rodolfo Valentino y adoptaba actitudes majestuosas y dirigía miradas incendiarias y componía frases que eran un tormento para los corazones sensibles.

El señor Wills estaba cada vez más amoscado con aquel Menjou de vía estrecha que se pasaba el día castigando. Una mañana resolvió poner punto final al castigo y en el momento en que Larry estaba diciendo a un compañero que aquello no era trabajo para un hombre de sus condiciones, que con su talento se podía llegar muy lejos y que en aquella casa no se le ofre-

cía a una oportunidad de demostrar lo que valía, el señor Wills dijo a sus espaldas:

—Tiene usted razón, Larry y estoy dispuesto a darle la oportunidad que desea.

—Gracias, señor Wills. Tenía esperanza de que llegara este momento.

—Pues ya ha llegado. Desde ahora deja usted de pertenecer a mi casa. Así podrá buscarse otro empleo más adecuado a sus grandes condiciones.

Larry acertó a disimular su sorpresa con una sonrisa desdeñosa.

—Me alegro de que me haya evitado usted la violencia de dejarle plantado. Tenía precisión de dejarle porque me han ofrecido un gran empleo.

Dió media vuelta y se dirigió al cuarto de vestirse.

—¿Te ha despedido?—le preguntó el compañero con el que antes hablaba.

—¡Quiá! Estaba empeñado en que me quedara. Hasta ha llegado a ofrecerme un aumento de cuarenta dólares, pero cuarenta dólares más no le resuelven a uno nada. Me voy. No quiero seguir sacrificándome.

## II

Al verse con el sueldo de dos semanas en el bolsillo, Larry se sintió un segundo Morgan y concibió instantáneamente un plan que haría de

aquella jornada una de las más inolvidables de su vida.

Telefonó a su novia y la convenció de que aquella tarde se la dedicara a él. Después de comer iría a buscarla y le daría una sorpresa. Debía arreglar las cosas de modo que no tuviera que asistir a la oficina aquella tarde. Joyce quiso averiguar el motivo del extraordinario, pero Larry se negó a darle explicaciones.

Muy intrigada, y también muy feliz porque amaba a Larry de veras y la perspectiva de estar con él toda la tarde la entusiasmaba, Joyce dijo a sus mecanógrafas al salir que aquella tarde no podría ir a la oficina, pues tenía que visitar a un cliente de importancia. Así debían decirselo al señor Wills de su parte.

Después de comer Larry fué a buscarla como le había prometido.

—¡Vamos a pasar una gran tarde, Joyce!—fueron sus primeras palabras.

—Pero, ¿a qué viene esto, Larry? Estoy intrigadísima.

—Pues, sencillamente, que tengo unos dólares disponibles y permiso del señor Wills para gastármelos bonitamente esta tarde. Y yo he pensado que como mejor me los podía gastar era divirtiéndome en tu compañía. Iremos al parque de atracciones. ¿Qué te parece?

¿Qué le había de parecer a Joyce? ¡Delicioso!

Así lo manifestó a su amado, premiando sus atenciones con un beso lleno de sinceridad y de amor.

\* \* \*

Del brazo y rebosantes de alegría, se encaminaron hacia el parque de atracciones, donde la juventud (en su mayoría parejas enamoradas) se entregaba, alegre y ruidosa, a las sensaciones del vértigo.

En un puesto de flores, comenzó Larry gastando las primeras monedas de su último sueldo de la casa donde no tuvo oportunidad para demostrar la extraordinaria inteligencia que poseía.

Adquirió dos ramos de violetas y se los entregó a Joyce, diciéndole:

—Toma, para que te tengan envidia estas flores al verse superadas por tu belleza.

Rió su novia la galantería.

Y de allí pasaron a otro puesto y de allí a otro. En todas partes se detenía Larry e iba dejando sus dólares, sin acertar a obtener un regalo que sirviera de recuerdo a aquella grata tarde, aquella tarde que había de ser la última de su anterior y mediocre vida.

Por fin, en un puesto de tiro al blanco sobre vajilla y objetos de cristalería, consiguió el premio tan deseado y le dieron un lindo conejillo de trapo.

Se lo entregó a su novia y se dispuso a reanudar la tarea de destrozarse cacharros, pero el dueño, que había visto, aterrado, la precisión del joven, ante el temor de arruinarse, le dijo:

—Lo siento mucho, señor, pero está prohibido repetir después de haber ganado.

Orgulloso de su triunfo, Larry enlazó a su novia por el talle, y, conduciéndola hacia la montaña rusa, sacó billete para varios viajes.

Joyce le dijo:

—No debes malgastar de esa manera el dinero, Larry. Un boleto hubiera sido suficiente.



... y le dieron un lindo conejillo de trapo.

—No te preocupes, nenita—replicó Larry—. Pronto ganaré mucho dinero y esto no significará nada para mí.

Subieron al tobogán. Este salió disparado por aquel laberinto de subidas, bajadas, vueltas y revueltas.

Joyce se abrazó a Larry, asustada de aquel vértigo de velocidad.

Larry la asió también fuertemente entre sus brazos y aprovechando la circunstancia de que el vehículo entró en un obscuro túnel, depositó en los labios de su novia un fuerte, apasionado y largo beso. Tan largo fué, que cuando el raudo cochecillo salió por el otro lado del túnel, ellos muy lejos de la realidad, en regiones de sueño y amor, continuaban abrazados.

A las carcajadas de los que les rodeaban volvieron en sí y precipitadamente bajaron del tobogán que ya había llegado al término de su recorrido.

Anocheceía ya y decidieron volver a casa.

Larry acompañó a Joyce. La dejó en la puerta del cuarto de la casa de huéspedes donde ésta vivía y en son de despedida le dijo:

—Joyce, cuando tenga un buen empleo, nos casaremos.

—Eres muy ambicioso, Larry. Ya sabes que me conformo con lo que ganas ahora.

—Es que ahora no gano casi nada... ahora gano muy poco... Me he marchado del almacén—confesó Larry.

En el encantador rostro de Joyce apareció una nube de pesar y desconcierto.

—¿Es que te han despedido? ¿Y a pesar de todo te has gastado todo el dinero que tenías?

—¡Bah! ¡Eso no tiene importancia! Un hombre de mis cualidades pronto encuentra un empleo digno de él. Mañana me presentaré a la casa Cambell y verás cómo se siente muy honrado en admitirme.

Se separaron.

Joyce quedó muy apesadumbrada. Quería mu-

cho a Larry y lo conocía bien. Por eso no participaba de su optimismo. ,

Colocó el conejillo de trapo junto a un retrato de su adorado iluso que tenía sobre el tocador, besó la fotografía y se dispuso a acostarse.

### III

Al día siguiente, Larry se levantó como de costumbre, a la hora que tenía que dirigirse a los almacenes Wills.

Echó un último vistazo al libro que la noche anterior leyera—"Medios para obtener un buen empleo"—y procedió a vestirse minuciosamente y con su mejor traje, por ser éste uno de los puntos que aconsejaba el método.

Después, redactó una solicitud de empleo que decía:

"Sociedad Manufactura Cambell.

Nombre: Larry Marsall.

Dirección: 405 South Street.

Ultimo empleo: Wills Carey Comp.

Referencias: Wills Carey Comp."

Una vez cumplido el segundo requisito del infalible método, se dirigió a los "Grandes Almacenes Cambell".

Entró en ellos y preguntó muy decidido:

—¿Está el señor Cambell?

—Sí, señor—respondió el botones.

—Pues haz el favor de entregarle esto. Espero contestación.

Y dió al muchacho la solicitud de empleo.

Entró el botones en la dirección y, saliendo al momento, condujo a Larry a presencia del señor Cambell, el cual le dijo francamente:

—Da la casualidad que ayer se despidió uno de mis empleados y tal vez tenga colocación para usted.

Larry sonrió y pensó: “Sin duda ha visto la inteligencia reflejada en mi semblante y no quiere desperdiciar la ocasión.”

—Ahora bien, el empleo de que se trata es de Jefe de Ventas, y es preciso tener gran práctica del negocio, para que la mercancía no se estacione en el almacén—continuó el señor Cambell.

—Precisamente—dijo Larry—esa es mi especialidad... mover género de un lado a otro.

—Voy a pedir informes a los almacenes Wills.

—Perfectamente.

Pero en el fondo de su corazón se produjo otra voz que dijo: “Espantosamente”.

El director pidió comunicación con los almacenes Wills.

—Soy el señor Cambell. ¿Podría hablar con el señor Wills?

—Espere un momento voy a avisarle—contestaron de la casa Wills.

La llamada había sonado en el teléfono de Joyce y ésta fué la que dió la contestación.

Iba a avisar al señor Wills, cuando acordán-

dose repentinamente de que su novio le dijo el día anterior que solicitaría empleo en los almacenes Cambell, cambió de idea con súbita inspiración.

Dejó pasar un minuto y, volviendo a coger el auricular, dijo:

—El señor Wills ha salido, pero yo soy su secretaria. Dígame si puedo servirle en algo.

—Pues bien, señorita—dijo Cambell—. Desearía obtener informes sobre el señor Marshall.

—¿El señor Marshall ha dicho usted?—repuso Joyce—. ¡Oh! Ha sido uno de nuestros mejores empleados.

—¿Entonces cree usted que puedo tomarlo a mi servicio?

—Sin duda alguna. Hará usted una adquisición magnífica. Desgraciadamente, nosotros no pudimos ofrecerle el destino que merecía y se marchó de la casa.

—Muy bien. Muchas gracias. Dé usted mis recuerdos al señor Wills.

Y con estas palabras colgó el auricular y dijo a Larry:

—Se conoce que en la casa Wills ha dejado usted muy buenos recuerdos.

—No deja de ser una satisfacción para mí el que reconozcan mis méritos—dijo Larry sin acabar de salir de su asombro y respirando a sus anchas al oír las palabras del señor Cambell.

—Desde luego queda usted admitido y puede empezar cuando guste.

—Empezaré hoy mismo. No me gusta dejar nada para mañana.



Y ya se había levantado Larry para dirigirse a ocupar su puesto, cuando se abrió la puerta y penetró en la estancia una lindísima muchachita que lo dejó petrificado de admiración.

A la fascinación de su belleza, unía un temperamento frívolo y caprichoso, de niña mimada, que le hacía temible para los hombres. Para ella el amor era un simple pasatiempo, como el automóvil o el charleston. Esta era Laura Cambell, hermana del dueño de los "Grandes Almacenes".

—Laura—dijo Cambell—. Te presento a mi nuevo jefe de ventas, el señor Marshall.

—¿Acaso he interrumpido una conferencia importante?

—Al lado de una mujer como usted—repuso el "Valentino del mostrador"—lo más importante es la mujer.

Inmediatamente se estableció entre ellos una mutua corriente de simpatía, de la que fué consecuencia una larga conversación que tuvo que cortar el señor Cambell, diciendo a su nuevo jefe de ventas:

—Señor Marshall: si usted quiere puedo enseñarle su despacho.

Y Larry, muy a pesar suyo, tuvo que seguir a su nuevo dueño.

Cuando el jefe de ventas se quedó solo, lo primero que hizo fué telefonar a su adorada Joyce para comunicarle la grata nueva.

—Joyce. Puedes estar orgulloso de mí. En dos minutos he convencido al señor Cambell.

—Te felicito, Larry. Ya sabía yo que eras ca-

paz de eso y de mucho más. Estoy muy contenta... Espérame en el parque, en el sitio de siempre.

## IV

Al terminar la tarea de aquel día, Larry se dirigió hacia el punto donde se había citado con su novia. Marchaba distraído pensando en la alegría que proporcionaría a Joyce con una idea que daba vueltas en su magín desde el punto que tan alto cargo obtuviera en los almacenes Cambell.

Se detuvo en una tienda de flores donde adquirió un hermoso ramo y continuó su camino.

Cuando llegó al lugar de la cita, ya le esperaba Joyce sentada en un banco.

—¡Oh, Larry! Temí que no vinieras. Temí que te hubieran retenido tus nuevos e importantes quehaceres.

—No me conoces, Joyce. Yo lo primero que exijo para aceptar un empleo es libertad.

Después de entregar a su novia el ramo de flores, atacó sin preámbulos la cuestión que le preocupaba.

—He pensado que debes dejar la casa de Wills. El señor Cambell me permitirá elegir a mi secretaria y desde este momento te nombro a ti. Conseguiré que te mejoren el sueldo que ahora tienes en casa de Wills. Así, podremos es-

tar siempre juntos... Además, tendré el descanso de tu ayuda.

Había pronunciado estas palabras con el tono más indiferente, pero la agudeza de Joyce le permitió comprender que éste era el punto capital de la cuestión. No dudaba de que Larry tuviera interés en permanecer a su lado, no dudaba de su amor, pero también estaba segura de que Larry la necesitaba para salir adelante en su nuevo y alto cargo y de que lo que en apariencia era un rasgo de magnanimidad por parte de su novio, en el fondo era una solicitud de ayuda.

Por eso, sólo por eso, aceptó Joyce la ventajosa proposición de Larry.

\* \* \*

Pronto tuvo la secretaria ocasión de echar un cable a su novio.

Todo lo que Larry consiguió fué hacer que el señor Morris, el cliente que Cambell venía persiguiendo desde hacía años, fuera a visitar los "Grandes Almacenes".

Desde su despacho, oyó Joyce como el visitante decía:

—Es inútil que me enseñe usted cosas. Tengo mis compras hechas y otros compromisos adquiridos para lo futuro.

Llevada de una súbita inspiración, asomó la cabeza por la puerta y, al ver que era precisamente Larry el que había recibido la negativa del gran cliente, se apresuró a intervenir:

—Buenos días, señor Morris.

—¡Caramba, amiga mía! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo es que está usted aquí?

Al mismo tiempo que le estrechaba la mano, Joyce le dijo en voz baja:

—Los almacenes Cambell han progresado mucho. Desde hacía algún tiempo venían siendo la pesadilla de Wills... y la mía también. Pero yo he solucionado la cuestión trasladándome aquí.

Dos minutos después, Joyce tomaba nota de un gran pedido. Transcurridos otros dos minutos, Larry bailaba de contento en su despacho.

—¡Hemos tenido un gran éxito, Joyce! ¡Este pedido me va a dar mucho cartel!

La secretaria reía llena de satisfacción, con una satisfacción semejante a la que siente una madre cuando ve a su hijo feliz.

—Un pedido de esta importancia—añadió Larry al que ya comenzaba a pesar aquel rudo trabajo—bien vale la pena de solemnizarlo. Mañana es domingo. Nos iremos a comer a la playa. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico, Larry!... Pero volveremos temprano con objeto de que tengas tiempo de redactar el informe que has de presentar al Consejo el lunes por la mañana.

\* \* \*

En seguida se enteró el señor Cambell del éxito de su jefe de ventas y le llamó a su despacho.

—Le felicito, señor Marshall. Hace mucho tiempo que deseaba conseguir ese cliente.

—¡Bah!—repuso Larry con displicencia—. Eso no es más que el principio. Pronto se dará usted cuenta de lo que valgo. Por cierto que quiero a usted hablarle de una idea que se me ha ocurrido para organizar las ventas.

—Siento no poder atenderle en este momento, porque me tengo que marchar, pero le invito a cenar esta noche en mi casa y mañana hablaremos del proyecto.

La cena en la finca del señor Cambell terminó en baile, por lo cual Larry tuvo ocasión de proseguir el flirt comenzado con Laura el día de su ingreso en los Grandes Almacenes.

Entre tanto, lejos de allí, en la soledad de su cuarto, Joyce no cesaba de pensar en su amado y en el informe que había de presentar el lunes por la mañana, informe que, *para distraerse*, comenzó ella misma a escribir.

A la mañana siguiente Larry se despertó cuando el sol estaba ya muy alto.

Se asomó a la ventana de su habitación y desde allí vió a todos los invitados de Cambell que se entregaban a las delicias de un baño matinal en la piscina.

El espectáculo levantó su ánimo y se vistió apresuradamente para tomar parte activa en la diversión. De pronto se acordó de Joyce y acudió al teléfono:.

—No he podido telefonearte antes, nenita, porque el señor Cambell me ha tenido trabajando hasta ahora mismo y seguramente me necesitará durante todo el día. Otro domingo comeremos en la playa.

—¿Qué hacemos entonces del informe?

—Hazlo tú misma. Ya ves que yo no puedo. En este momento precisamente el señor Cambell me espera.

Precisamente cuando Larry bajó al jardín se encontró con una hilera de autos atestados, desde uno de los cuales le llamó Laura alegremente.

El joven acudió al punto a la llamada, pero quiso la fatalidad que Cambell le saliera al encuentro.

—Cuando usted quiera, señor Marshall, podemos hablar del asunto que mencionó ayer.

Menos mal que la voz de Laura vino en ayuda de Larry.

—Déjate ahora de negocios, Eduardo. Vamos primero al club a distraernos un rato.

Fueron y después de comer pasaron al café Oasis, donde la cosa se complicó de tal modo que se quedaron allí a cenar y allí pasaron la velada.

En el café Oasis no se tenía el menor respeto a la ley seca y la consecuencia de ello fué que a la mañana siguiente, a la hora de reunirse el consejo, Larry no había acudido aún a la oficina.

Joyce tenía el informe redactado, pero no por ello se mostraba menos intranquila acerca de la suerte de su novio. De aquí que cogiera el teléfono y pidiera comunicación con la casa de huéspedes donde se alojaba Larry. La patrona la dijo que acababa de llegar en aquel momento y que le había dado orden de que no le descubriese si ella telefoneaba.

Relativamente tranquilizada al saber que a su novio no le había ocurrido nada grave, Joyce

esperó a que se reuniera el consejo y cuando Cambell entró al despacho a preguntar por él, la secretaria respondió:

—Acabo de telefonar a su casa y me han dicho que no está allí. Tiene un pariente muy grave y ha ido a verlo.

El señor Cambell tuvo un gesto de contrariedad y al verlo, Joyce añadió:

—Pero me ha dejado el informe que tenía que leer a ustedes y podría leerlo yo si a usted no le parece mal.

—Sí, sí, qué remedio. Venga usted.

Ante el consejo en pleno, Joyce leyó el informe y lo explicó con todo detalle, reforzándolo con argumentos llenos de convicción.

Poco a poco aquellos señores que habían comenzado a escuchar sin dirigir siquiera una mirada a la humilde secretaria, fueron sintiéndose cautivados por aquella concisión, por aquel claro discernimiento, por aquel modo sutilísimo de ver las cosas dando a cada una la ponderación debida, por aquella desenvoltura...

—¡Magnífico! — exclamó el señor Cambell—. Es un informe completísimo y presentado de modo que no cabe más. La felicito a usted sinceramente, señorita.

Pero Joyce no estaba satisfecha de su triunfo.

## V

Cuando Larry llegó, lo primero que hizo fué dirigirse al despacho de Cambell.

—Le ruego me perdone este pequeño retraso, pero he estado a punto de ser atropellado por un automóvil.

El señor Cambell se quedó muy sorprendido.

—Creía que el motivo de su retraso era la enfermedad de su pariente. Así me lo ha dicho su secretaria.

—¡También, también! — se apresuró Larry a rectificar—. El pobrecito está muy malo.

No cayó en saco roto para el señor Cambell la falsedad del tono con que estas palabras fueron pronunciadas y dijo con visible sequedad:

—Afortunadamente, su secretaria nos ha podido leer el informe, y por cierto lo ha hecho a satisfacción de todos.

El tono despreciativo con que estas palabras fueron pronunciadas, hirió a Larry en su ciego orgullo. Inmediatamente se dirigió el joven a su despacho para censurar a Joyce lo que en su indignación consideraba innoble conducta.

—¿Qué has pretendido al leer el informe?— le preguntó acusadoramente.

—Sólo quise ayudarte—exclamó Joyce apenada.

—¡Ayudarme, ayudarme! ¡Siempre esa ridícula manía! Pues ya ves lo que has conseguido: ponerme en ridículo.

—¿Podía acaso decir el verdadero motivo de tu ausencia?

—No pretendas disculparte. ¿Qué te importa



—¿Qué has pretendido al leer el informe?

a ti mi ausencia? ¿Qué te importo yo? Lo que tú querías era ganarte las simpatías del señor Cambell y no has reparado en los medios para conseguirlo.

—Eres injusto, Larry. Bien sabes tú que mi único deseo ha sido siempre ayudarte.

—Pues bien: no quiero ayudas de esa especie.

Ante tanta obcecación, también Joyce acabó por perder la serenidad.

—¿Tendrás valor de asegurar que no te he ayudado nunca?

—¿Cuándo? ¡A ver! ¿Cuándo me has ayudado?

—Pues bien, vas a saberlo. Esta colocación la tienes gracias a mí: yo fui quien dió el informe tuyo al señor Cambell. Yo fui quien atraje a esta casa los mejores clientes. ¿No ha sido esto ayudarte? Pues bien, de hoy en adelante te harás el trabajo tú solo. Me doy por despedida.

Pero en este momento la puerta se abrió y la voz de Cambell se dejó oír.

—No, señorita. El que se va es el señor Marshall. Usted ocupará su puesto. Hablan ustedes en voz tan alta que desde mi despacho lo he oído todo.

La ira ponía una roja nube en los ojos de Larry, el cual dijo a Joyce antes de salir:

—Te estoy muy agradecido por este último e inmenso favor que me has hecho.

Pasó el relámpago de ira y quedó sólo el resplandor del cariño en el corazón de Joyce, la cual dió suelta al raudal de lágrimas que se agolpaba a sus ojos.

Cambell se acercó a ella solícitamente.

—No se aflija usted, señorita. Ese hombre no merece sus lágrimas. Desde el primer día comprendí que le amaba usted y hasta hoy no he sabido que no merece su amor.

Y añadió en un tono lleno de franca cordialidad:

—Para alegrarla y distraerla un poco, me permito invitarla a cenar.

## VI

Pasó un año. Joyce progresó rápidamente. No era ya jefe de ventas, sino directora absoluta del negocio. Y ciertamente, el negocio marchaba mucho mejor desde que cayera en manos de Joyce.

En parte para olvidar y en parte por su amor al trabajo se dedicaba a él afanosamente. En su despacho, entre sus papeles, perdía la noción del tiempo. Tenía una secretaria a sus órdenes y varias taquígrafas a las que dictaba la correspondencia sin dejar de hacer otros trabajos.

Cambell entraba de vez en cuando a visitarla y muy raramente le hacía preguntas sobre el negocio. Cuando Joyce trataba de darle alguna explicación, de informarle sobre algún asunto comercial, Cambell solía responder:

—No me hable ahora del negocio. Haga lo que a usted le parezca y es seguro que lo hará mejor que yo.

Una tarde, una de aquellas tardes de trabajo excesivo, pasó la hora de la salida y Joyce continuaba dictando a su taquígrafa.

De pronto, vió que la muchacha consultó su reloj de pulsera y, dándose cuenta de lo que aquello quería decir, miró ella el suyo.

—¡Qué tarde es ya! No me había dado cuenta. Váyase, váyase en seguida.

Y añadió con una sonrisa intencionada:

—¡El pobre debe de estar desesperado!

Por la expresión de la muchacha, comprendió que había acertado.

En efecto, Joyce vió desde el balcón cómo la taquígrafa, al salir, se dirigía hacia un joven que la esperaba paseando cerca de la puerta.



... pasó la hora de la salida y Joyce continuaba dictando a la taquígrafa.

Se enlazaron del brazo y se fueron calle arriba, sin poder disimular el gozo de hallarse juntos.

Un recuerdo fulguró en la memoria de Joyce con esplendor inusitado y le pareció como si una ráfaga de juventud y de vida pasara por su alma.

Recordó cuando Larry, su inolvidable Larry, la esperaba a ella a la puerta de los almacenes Wills.

¡Qué lejos estaba aquello, qué remotos aquellos felices días! ¡Sin embargo qué huella tan indeleble habían dejado en su corazón!

La ceniza de la amargura nublaría siempre, siempre su vida.

Apoyada en los cristales, con la vista perdida en el espacio y el pensamiento muy lejos, oyó de pronto que una voz decía a sus espaldas.

—Hace una noche deliciosa, Joyce. Estoy completamente solo. ¿Quiere que demos un paseo en coche?

Y como Joyce no contestara, él añadió:

—No me niegue este favor. He de decirle algo muy importante.

Salieron. El auto esperaba a la puerta. Poco después, la importante confesión brotaba de los labios de Cambell.

—Lo que quería decirle, Joyce, es que la amo y que sería muy feliz si usted accediera a ser mi esposa.

—Eso no puede ser, señor Cambell. Yo siento por usted un gran cariño, una profunda estimación y mucha gratitud. Pero amor, no. No puedo amarle, amigo mío, y menos esta noche, en este momento en que atormentan los fantasmas de las evocaciones. ¡Perdóneme!

\* \* \*

Pero pasó el tiempo, el cerco se fué estrechando al mismo tiempo que aumentaba la gra-

titud de Joyce hacia aquel hombre tan generoso y tan caballero; y ocurrió lo inevitable.

Un periódico daba así la noticia:

*Un millonario se casa con su secretaria.*

“En el mes próximo tendrá lugar el enlace de la bellísima señorita Joyce Wray con el millonario Eduardo Cambell. La noticia ha causado la consiguiente sensación en el gran mundo, porque la señorita Wray fué la secretaria de los “Grandes Almacenes Cambell”.

Unos días antes de la boda fueron los novios a elegir el traje de Joyce.

Visitaron uno de los más importantes almacenes de vestidos de la capital.

Comenzaron a desfilarse modelos y a Joyce no le gustaba ninguno.

—Acaso el último modelo que he recibido de París le gustará—dijo la dueña—. Voy a hacer que lo suban.

Y lo pidió por teléfono al almacén.

Subió poco después un joven con una gran caja en la mano.

La dueña requirió a una de las modelos y se fué con ella para ponerla el vestido.

Entretanto, el joven se había quedado estupefacto, contemplando a Joyce, la cual se hallaba en aquel momento de espaldas, hablando con Cambell.

Cuando ella se volvió y vió al joven, no pudo contener un grito de sorpresa.

—¡Larry!

Sí, era Larry, Larry que, falto de la pro-

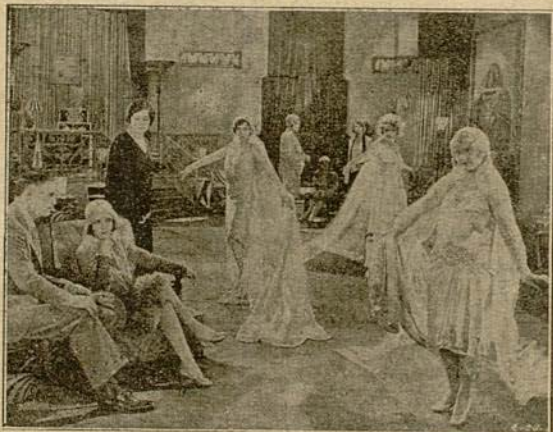
tección de Joyce, había tenido que recurrir para ganarse la vida, al humilde empleo de mozo de almacén.

Había corrido hacia él, estaba a su lado.

—¡Larry!

—¿Es para ti este vestido de novia, Joyce?

—Sí.



*Comenzaron a desfilan modelos y a Joyce no le gustaba ninguno.*

—¿Te casas con Cambell?

—Sí, Larry. Han venido así las cosas.

Larry sonrió tristemente.

—Le felicito, señor Cambell. Ha conseguido usted el amor de una mujer como no hay otra.

Y se fué hacia la escalera.

Algo que había en el semblante de Joyce movió a Cambell a preguntar:

—Le sigues amando, ¿verdad, Joyce?

—Sí, Eduardo. Le amo con toda mi alma.



—Sí, Larry. Tú eres. No puede ser otro.

—Entonces te devuelvo tu palabra. Puedes ir a darle la noticia.

Joyce estrechó la mano de Cambell con una expresión de entusiasmo y de gratitud y corrió hacia la escalera.

Llegó al almacén. Vió a Larry.



—¡Larry, Larry!—exclamó abalanzándose sobre él con los brazos abiertos—. El señor Cambell me ha devuelto mi palabra para que me case con el hombre que adoro.

Larry estaba como quien ve visiones.

—¿Acaso soy yo ese hombre, Joyce?—baluceó.

—Sí, Larry. Tú eres. No puede ser otro.

—¡Joyce, Joyce mía! ¡Qué feliz me haces! ¡Cuánto he sufrido! Ni un momento te he dejado de amar. Ni un momento he dejado de arrepentirme de mis estúpidos sueños de grandeza. ¡Amame, Joyce, y estoy seguro de hacerte feliz y de serlo yo también sin que sea un obstáculo para mi felicidad el empleo más humilde!

—¡Ya hemos empezado a ser felices, Larry!

Cuando apareció la dueña y vió a Cambell solo, le preguntó extrañada:

—¿Acaso no le ha gustado a la señorita el modelo?

—Sí, sí—repuso Cambell—. Mándelo a la dirección que le di y cárguelo en mi cuenta.

Y salió de allí pensando:

“Bien se merece ese regalo de boda quien tanto ha hecho por mi negocio.”

F I N

**HOY ha salido:**

## La novela para todos

Publicación semanal de novelas para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

**Mañana,** el segundo cuaderno de la deliciosa novela en veinte cuadernos

## De vendedora de periódicos a estrella de cine

Formidable éxito

¡La novela que todos, amantes o no amantes del cine, leerán con deleite!

Primer cuaderno (1.<sup>a</sup> edic. agotada)

» » (2.<sup>a</sup> » agotándose)

Inmejorable presentación

Buena literatura

Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



**Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica  
¡Lo mejor del cine!**

**Ultimos éxitos:**

**La mujer ligera**

**Virgenes modernas**

**El pagano de Tahití**

**Estrellas dichosas**

**Acaba de aparecer:**

**Esto es el cielo**

finísima novela, interpretada  
por **Vilma Banky** y **James Hall**

**¡SIEMPRE LO MEJOR!**

**Precio: 1 peseta**

**En preparación:**

**La senda del 98**

por **Dolores del Río** y **Ralph Forbes**